)(12.)(

ROMANCE HISTORIAL

DE LOS LANCES, Y SUCESOS ACAECIDOS POR los amores de Don Francisco Cardona, y Doña Juana Ferrer.



De D. Francisco Cardona, y Doña Juana Ferrer.

INmaculada Princesa,
Madre del Alto Monarca,
Papel, en que vuestro Hijo
escrive tus alabanzas:
Dá luz á mi torpe ingenio,
no me falte tu bonanza,
por que oy mi pluma escriva
lo que sucedió en España.
En la Ciudad mas insigne,
que en toda Europa se halla,
es Cordiva, quien del Mundo
merece us alabanzas.
De las tes Llaves la una,
de Don Carlos Rey de España,
y del Reyno Cordovès
cabeza, corona, y palma.
Aqui el Pintor Soberano,
con el pincel de su gracia
pintó una hermosa Aurora,
que es criatura Cristiana.
Dotóla, pues, de hermosura,
muy afable, y cortesana,
y humilde, que es lo mejor
que pueden tener las Damas.
Cumplió yà los quince Abriles
aquesta Venus humana. quan-

quando fué un dia á San Pablo
á escuchar sus alabanzas;
y en acabando el Oficio,
la hermosa de Doña Juana
de Ferrer, que este es su nombre,
baxó contando las gradas.
Mas un noble Caballero,
que Don Francisco se llama,
de Cardona es su apellido,
tierno amante de esta Dama,
vió que se le cayò el guante;
y con accion muy bizarra
cogió el guante, y lo besò,
bolviendoselo á su Dama,
y dixo: Tomad el guante,
y advertid, que toda el alma,
junta con el corazon,
està postrado à tus plantas.
Doña Juana le tomó
muy cortés, y avergonzada,
y con el manto cubrió
la hermosura de su cara,
hablando secretamente,
por que mucha gente pasa.
A las doce en punto aguardo
en la Quinta á la ventana,
que hay à la puerta del huerto,
alli mi persona aguarda.
Esto le dixo, y se fuè
la hermosa de Doña Juana,
quedandose Don Francisco
en las mencionadas gradas,
esperando que su hermano
del sagrado Templo salga,
para irle acompañando
desde San Pablo á su casa.
Don Francisco todo el dia
imagina cosas varias,
viendose que está tan pobre,
que aun alimentos le faltan,
que es su hermano el mayorazgo,
y èl sin conveniencia se halla.
Cubriòse el fanal del dia,
y la noche sosegada,
tendió su manto de Estrellas
à la ocasion deseada.
Armandose Don Francisco,
despues de una hermosa gala,
de las armas que tenia,
para ir à ver su Dama:
sintiò el relox á las doce,
y sin alguna tardanza,
ni llevar algun criado,
saliò bolando de casa.
Llegó por detrás del huerto,
y dentro la Quinta salta:
cogiò una piedra del suelo,
alegre para arrojarla,
y á este tiempo dixo: Tente,
la hermosa de Doña Juana,
que por cierto ha mas de una hora,
que te espero á esta ventana;
y con razones alegres
las buenas noches se daban,
él por saber la respuesta:
ella por ser disculpada:
y con discretas razones,
y bien sentidas palabras,
dixo la Dama: Señor,
escuchame lo que pasa,
lo que mi corazon siente,
lo que padece mi alma,
lo que mi pecho recela,
y que en mi discurso se halla:
Siempre en memoria he tenido
de vuestro amor la palabra,
cifrada en el corazon,
dando que pensar al alma:
quando me bolviste el guante,
dixiste, que toda el alma,
junta con el corazon,
de tu pecho al mio pasa;

y desde entonces quedaste
hecho esclavo de mis ansias:
no lo ignoro por que sé,
que ese respeto me guardas.
de poco acà eres esclavo;
pues advierte, que tu esclava
siete años ha que lo soy
poco he dicho, pero basta.
Acuerdate, que en las fiestas,
que se hicieron en España
al recien nacido Infante
Carlos Segundo de Austrìa,
que en un lucido cavallo
te ví salir á la plaza
á las fiestas, y tornèos,
desde entonces soy tu esclava;
con una hermosa sortija
en un cordon de oro atada,
donde muchos Caballeros
han pretendido ganarla,
corriendo con sus cavallos,
mas todos en blanco pasan.
Saliste con tu cavallo,
y aplicando à las hijadas
los dos acicates de oro,
y el brazo derecho en lanza,
tirastes, y á la sortija
de medio en medio la pasàs;
y entonces mi corazon
quedó pasado en la lanza:
y asi, Señor, te llevaste
de la Nobleza la palma,
afrentados los Señores,
y mas gozosas las Damas:
pero ya os viene de sangre
en semejantes hazañas.
De tu Abuelo lo heredaste,
General de nuestra España,
y oy la Casa de Cardona,
que en vuestra sangre se halla,
me ha rendido á vuestro amor
por esposa, y por esclava;
que confio ser tu igual,
poı mi linage, y prosapia.
Responded, Señor, ahora,
si tu voluntad se allana,
que la llama del amor
me hace ser tan arrojada.
Don Francisco le responde:
Divina prenda del alma,
por muy dichoso me tengo,
contemplando dicha tanta:
y aunque yo no te merezco,
arrodillado á tus plantas,
prometo de ser tu esposo,
si la vida me costàra.
Cerrò la Dama el balcon,
y dandole puerta franca,
entró su querido amante
al quarto donde habitaba
aquel Cielo contrahecho,
centro de su amor, y ansia;
del jardin cogió la rosa,
con mil azucenas blancas.
Seis meses, y ciertos dias
continuo su amor gozaban;
quando á este tiempo el Duque
de Feria, que asi se llama,
General dentro de Flandes,
muy leal á su Monarca;
una carta al Rey le embia,
Felipe Quarto de España,
que le socorra con gente,
por que Suecia se entraba
por los Estados de Flandes,
y que le tiene sitiada
à Orliens, y que pretende
poner en ella sus armas.
A Cordova en este tiempo
vino del Rey una carta,
que ha menester tres mil hombres,
para poner en campaña. Lue-

Luego la Ciudad ilustre,
hizo lo que su Rey manda,
y dentro de quince dias,
tuvo la gente alistada.
Arma Consejo Real
por la gente Ciudadana,
para hacer Maestre Campo,
á lo antiguo de la Patria.
Todos dicen à una voz,
que en todo el Reyno no hallan
quien merezca aqueste empleo,
por ser de antigua prosapia,
que es Don Francisco Cardona,
y aunque en corta edad se halla,
su misma sangre lo harà
ser de edad en la campaña.
La libranza al Rey embian,
y al punto fuè despachada:
desde Madrid la remiten
de mano del Rey firmada.
A Don Francisco en secreto
le dan á leer la carta;
con el sombrero en la mano
los ojos por ella pasa;
hincó la rodilla en tierra,
y en respeto la besaba;
sobre su cabeza pone
el blanco papel, y habla:
Mucho, Señores, estimo
merced, y honra tan alta:
al Gran Felipe me rindo,
nuestro Señor, y Monarca,
pues oy ofrezco por èl
mi vida en qualquier batalla;
y asi pidiendo licencia,
voy á disponer á casa
lo necesario, que importa
para salir à campaña.
Con grande pena, y dolor,
pensativo fuè á su casa,
que quien tiernamente llora,
mas terriblemente ama.
Por el postigo se entró
al quarto de Doña Juana,
que es la ocasion, como siempre
suele entrar á visitarla;
pero se queda en el quarto,
sin poder hablar palabra,
hasta que bolviò su esposa
los colores à su cara:
Turbada, Señor, le dice,
tan demudada la cara
es muestra que haveis reñido,
ó en algun pesar te hallas.
El dixo: Escuchad, Señora,
y los ojos se limpiaba
con la una mano, acudiendo
con la otra á dar la carta.
Doña Juana la leyó,
y con prudencia le habla.
Albricias, Señor, le dice,
pues que tu dicha es lograda,
quando el Rey, y los Señores
aquese baston te daban.
De què lloras, gran Señor,
de haver de ir à la campaña?
por tres años es el plazo,
Dios vaya en vuestra compaña.
de nada cuydado tengas,
pues no me siento preñada:
proseguid vuestro viage,
y à la antigua sangre hidalga
de vuestros antepasados
tened memoria muy alta.
Yo muy humilde me quedo,
tardàras lo que tardáras,
que en señal de vuestra esposa,
Señor, me quedo en mi casa.
Y en otra segunda parte,
se dirà lo que aqui falta.

F I N.

SEGUNDA PARTE.

COn suspiros Don Francisco
respondè tierno á su amada:
Quedad con Dios, mi Señora,
que abrasandose está el alma,
no por que te dexo sola,
que yo quedo en tu compaña.
A mi hermano Don Josef,
le contaré lo que pasa,
y en sus pliegos, dulce amor,
de mí recibirás cartas,
y con esto queda, á Dios:
te llevo dentro del alma;
supuesto que con mí vienes,
seré un Leon en campaña.
Con un muy grande suspiro
la hermosa de Doña Juana
le dice: A Dios esposo,
Dios te guarde de desgracia.
Y con esto Don Francisco
alegre sale de casa,
con trompetas, y clarines,
y un grande estruendo de caxas;
luego Ciudad, y Nobleza
toda junta le acompaña,
mientras que la gente en orden
se disponia á la marcha.
Despidióse con aplausos,
con accion muy cortesana;
y con un veloz cavallo
hàzia Cadiz caminaba,
donde espera el General
de la Catolica Esquadra;
el qual mandó luego al punto,
que la gente se embarcára,
y que el viage prosiga
à donde su Rey mandaba.
Al viento prestan las velas,
y haviendo felíz bonanza,
luego descubren á Flandes,
y en el Puerto desembarcan.
Pasando muestra Real
por ver si alguno le falta:
manda marchen en secreto
para la Ciudad sitiada
de Orliens, á donde el Duque
de Feria lo esperaba;
y le saliò á recibir
con grande amor, y lo abraza:
Animo, Cardona insigne,
que está estrechada la plaza,
Don Francisco le responde:
Señor; no te asuste nada,
que solo con ocho mil hombres,
yo pretendo restaurarla.
Sale por un lado izquierdo,
por una colina baxa,
rompiendo hasta las trincheras,
el enemigo topaba:
anima á sus Capitanes,
en un cavallo montaba,
con un estoque en la mano
embistiò con furia, y sáña,
á qual mata, à qual deguella,
á qual atropella, y pasa.
Topó con el General
del Rey de Suecia que llaman,
al instante le prendió,
y quedò libre la Plaza.
A tì, gran Duque, te entrego
el General de la Armada
del Rey de Suecia, de quien
podrás saber lo que pasa.
El Duque le dice: Amigo,
recibe aquesta vengala
de Teniente General,
asi como yo en campaña.
A este tiempo Don Francisco
no dexa de escrivir cartas
á su regalada esposa,
á la Cordovesa Patria:
y asi mismo daba aviso
à su hermano, y le encargaba,
que con orden muy secreta
le dè el pliego á Doña Juana;
pero el falso del hermano
de los dos quema las cartas,
por que intenta con traicion
solicitar esta Dama.
Quexoso està Don Francisco,
de ver que no le van cartas

de su amor, y de su dueño,
por quien padece mil ansias,
y asi mismo está quexosa
la linda de Doña Juana.
Bolvamos, á Don Francisco:
con cuydado á la campaña
por segunda vez se buelve
para ensangrentar la espada,
que el mismo Rey de Suecia
sale en persona à batalla
con quarenta mil Infantes,
que asisten en su compañia.
Mas Don Francisco Cardona
dispone el hacerle cara
con solos veinte mil hombres
de valor, y de arrogancia:
manda que con mucha orden
sus batallones la marcha
sigan en dos divididos
y que dén segunda carga.
Y con esto el enemigo
mandó que toquen al arma:
Don Francisco le responde
con tiros, bombas, y balas.
Derrotado el de Suecia,
sin esperar á su guardia,
huya con su cavallo;
pero no le aprovechaba,
por que el muy noble Cardona,
ya vencida la batalla,
del Rey salió al encuentro,
con valor, y vigilancia:
Vuestra Magestad se tenga,
y rinda á mi Rey las armas,
donde no, las medirèmos
pecho á pecho, y cara à cara.
Al Gran Felipe me rindo,
y al valor de vuestra espada,
suplico que me ampareis,
pues vuestra fortuna es tanta.
Don Francisco le responde:
Señor, no puedo hacer nada,
que jamás á mi enemigo
yo le dí la puerta franca.
Con esto, Señor, venid
á las tiendas, donde se halla
el General, el gran Duque
de Feria, que asi se llama.
Al gran Duque el Rey le entrega,
y se buelve á la campaña,
como animoso Leon,
empezando á renovarla.
Entrase tierras adentro,
Castillos, Ciudades gana,
derribando las Aldeas,
y quemando las barracas.
Ganó catorce Ciudades,
poniendo las Reales Armas
de Felipe, y muchos Reynos
por su valor conquistaba.
El Rio le impide el paso,
y visto que ya no hallaba
con quien pelear, se buelve
do su General le aguarda.
Saliò el Duque á recibirle
levantando en las murallas
los Estandartes Reales,
haciendole grande salva:
la bienvenida le dió;
y librandole seis pagas
para dar á sus Soldados
de las vencidas batallas,
Don Francisco le responde
arrodillado á sus plantas:
Guardad, Señor, el dinero,
para lo que os importára.
Rico vengo de despojos,
de mulas, bueyes, y bacas,
de cavallos, y camellos,
que oy la Artilleria arrastran:
seiscientos carros de ropa,
sin lo demás que se calla:
y mas catorce millones,
que oy para mi Rey se hallan.
No hay Soldado de los mios,
que en su bolsillo no trayga
dineros dos mil ducados,
sin otras cosas de plata.
El Duque le dice: Amigo,
nunca se ha visto en España
victoria en tantos despojos,
pero en vuestro nombre, basta.
Don Francisco le responde:
Señor, si gusto te daban
mis razones, te suplico
pases la muestra a la plaza.
Dixo el Duque: Me contenta;
viò la gente aparejada,

pasò

pasò la muestra, y halló,
que dos mil hombres le faltan.
Don Francisco, vos quedais
General de aquesta Armada,
y Governador de Flandes,
que asi el Rey me lo manda.
Recibe, amigo, esta Cruz
de Santiago colorada:
el Rey os hace con ella
tres veces Grande de España.
De la Reyna mi Señora,
esotra de Calatrava,
y Comendador mayor
te hace de las dos Casas.
Y yo el baston te presento,
y os empeño mi palabra
de serviros todo tiempo,
sin que en esto haya mudanza:
dadme los brazos, y sea
para bien de vuestra fama,
que por el Orbe se estiendan
vuestros triunfos, y alabanzas;
y á Dios, por que ya en el Puerto
las Galeras me esperaban
para España, donde es fuerza
que quanto antes me vaya.
Dixo Don Francisco: Amigo,
Dios, y su Madre Sagrada
del Remedio, mi Patrona,
vayan en vuestra compaña.
Cumplidos ya quatro años
Don Francisco en Flandes se halla.
Doña Juana con recelo,
cuydadosa fuè á la casa
de su hermano Don Josef,
para escrivir una carta:
el falso, como es traydor,
su torpe lengua desata:
Señora, no confieis,
por que mi hermano os engaña,
que el estado en que se vè,
es cierto, que él aguarda,
por esposa una Marquesa,
ò Duquesa Titulada;
mas veo vuestra razon,
y de mi hermano la infamia;
y si fuera de tu gusto,
Señora, con vos casára.
Doña Juana lo agradece,
y se bolviò á su casa,
imaginando entre sí,
que el uno, ù otro la engaña.
Dispuso à pocos dias
averiguar la mudanza;
en casa de una vecina,
que en su vecindado estaba,
hizo que fuesen Maestros,
y ropa de hombre le hagan;
le hicieron quatro vestidos,
y en maleta bien cerrada
los metiò, y en un cavallo
salió una noche de casa.
Sola se parte á Madrid;
y asi como que llegára,
un criado concertò,
que la asista en su compaña
à los Estados de Flandes,
por que mucho le importaba.
De San Sebastian el Puerto
en un Navio se embarca:
llegò á tiempo á la Ciudad,
donde su esposo se hallaba,
governando aquella tierra
con aplauso, honra, y fama.
Y al primer dia de Audiencia
la hermosa de Doña Juana
un memorial le embiò,
para que justicia le haga:
manda el General que suba,
y ella muy determinada
delante del General
su torpe lengua desata:
La justicia que yo pido,
es que dexes la vengala,
y que conmigo te vengas,
gran Señor, á la campaña,
y mirad que os desafio
pecho á pecho, y cara à cara.
No me respondes, Señor?
y él le dice con voz baxa:
Cierto, gallardo mancebo,
que es mucha vuestra arrogancia:
Soys General como yo,
ó Grande de alguna Casa
Real? por que de otra suerte
menos, no saldre á campaña.
Saldrás conmigo, Señor,
que en el campo aquesta espada,

con

con el valor de mi brazo
dirà quien soy, y esto basta.
Dixo el General entonces:
Pues salgamos sin tardanza,
que yo sabré castigar
vuestra osadía sobrada.
Detrás Santa Catalina,
junto al Puerto, alli se páran
frontero el uno del otro
fuertemente se maltratan.
El General viò la suya,
en tierra apunta la espada:
Teneos, mancebo, le dice,
que os quiero hablar dos palabras;
decidlas presto, Señor,
que abrasandose está el alma.
El General le responde:
Decidme, pues, como os llaman,
que al querer daros la muerte
se buelve atrás esta espada.
Don Francisco Ferrer soy,
hermano de Doña Juana
de Ferrer, que asi por vos
de todos es murmurada.
Antes de iros de Cordova
empeñasteis la palabra,
que con ella casarias,
y aun el honor le quitabas;
y haveis sido tan ingrato,
que siendo mi sangre hidalga,
no haveis escrito aun siquiera
para mi hermana una carta,
aunque fuera con desdenes,
quando recibidas tantas
de mi hermana teneis vos,
que Don Josef os embiaba.
Y siendo asi que tu hermano
por tu ingratitud tan alta,
para pagar tu ruindad,
quiso casar con mi hermana,
ella viendose ofendida,
saliò una noche de casa
desesperada por vos,
por toda aquella comarca,
yo salì en busca de ella,
y visto que no le hallaba,
á matarte vine á Flandes,
pues de todo eres la causa.
El General le responde,
arrodillado á sus plantas:
Toma esta espada, señor,
quitame con ella el alma,
y verás dentro en mi pecho
el retrato de tu hermana:
no tuve la culpa yo,
segun aqui me relatas,
por que el falso de mi hermano,
es quien á los dos engaña.
Dices que no le escriví,
y en quatro años en campaña,
á vuestra hermana embié
cerca de setenta cartas.
Ya no estimo los servicios,
ni las riquezas de España,
solo quiero que me mates
en defensa de tu hermana.
Levanta, Señor, le dice,
por que yo soy Doña Juana;
y con los brazos abiertos
del suelo se levantaba;
èl la tomò de la mano,
y en la Ciudad se entraban,
y luego al Señor Obispo
el suceso le relatan;
manda al punto los desposen,
hicieron toros, y cañas.
Dos Capitanes embia
á Cordova, por que traygan
á su hermano prisionero,
para tomar de èl venganza.
Quando delante le tuvo,
por justa sentencia manda,
que le corten la cabeza
en publico en una Plaza;
con que vengados sus zelos,
se casó con Doña Juana,
el mas ensalzado amante,
socorrido de esta Dama.

F I N.

Se hallará en Malaga en la Imprenta de D. Felix de Casas , Y Martinez , frente el Santo Cristo de la Salud.